

## EXPERIENCIA DE DIOS

Centro Teológico Manuel Larrain

15 de abril de 2010

**Asistentes** (a partir de las voces escuchadas): Luis Hernán Errázuriz, Samuel Yáñez, Ana María Vicuña, Maureen Boys, Luis Oro, Mariano de la Maza, Silvia Vega, Cristina Bustamante, Francisco Correa.

La sesión se realizó en torno al artículo “Elogio de la oscuridad” de Dolores Aleixandre rscj aparecido en la revista *Mensaje* de marzo-abril 2010.

Dado que el secretario no se encontraba presente el acta ha sido realizada a partir de la grabación del encuentro. Ante la imposibilidad de reproducir todos los comentarios – por momentos opuestos – que cada uno (a) expresó, exponemos a continuación ciertos “nudos temáticos” en torno a los cuales se desarrolló la reflexión:

1. **Reconocimiento de la oscuridad** de la existencia. El artículo hace bien en explicitar esta dimensión ineludible de toda existencia humana: la no transparencia total, la oscuridad, el dolor, la provisoriedad, etc. En cierta medida es una invitación a mirar de frente la oscuridad que forma parte de nuestra vida. Hay una resistencia natural a arrancar del dolor. Ahora, sistemáticamente la vida te “muere” y te obliga a instalar el dolor en el centro de la existencia y de la vida. Uno sabe que el dolor está ahí, al acecho. Incluso los momentos más plenos están marcados por una cuota de fragilidad. Ahora, esa oscuridad no debe paralizarnos en la búsqueda de Dios. Frente a aquellos y aquellas que buscan claridades absolutas y ordenamientos rígidos, el artículo evidencia las tensiones propias de la vida: el no-orden y la no-claridad. En ese sentido, una lectura posible del artículo es comprenderlo como una respuesta a las supuestas claridades de la Iglesia, su intransigencia frente a ciertos puntos y las resistencias que eso genera en los fieles y en la sociedad. Proclama, por lo tanto, el lugar de la oscuridad, del no-saber, de la no-claridad, en definitiva, del no-control.
2. **La no absolutez de la oscuridad.** Es cierto que la oscuridad forma parte de nuestra vida, pero ella no es ni puede ser absoluta. Tenemos derecho a reclamar y vivir la luz. Si bien hay que contar con la oscuridad como algo normal en nuestra vida, ella no puede pretender erradicar la fiesta y la claridad. En ese sentido, enfatizando unilateralmente la oscuridad de nuestra vida el artículo corre el riesgo de inscribirse en el registro propio de los dolorismos latinoamericanos. Todos pasamos por el dolor, ahí nos encontramos todos. No obstante, la celebración y la fiesta reclaman su espacio legítimo en la vida y en la fe de las personas. ¿Por qué el dolor sería siempre oscuro? Al mirar el dolor aparece también su luz, su claridad. Hay dolores luminosos, que abren perspectivas. De todos modos, hay que convenir que hay dolores tremendamente oscuros.
3. **La oscuridad es reconocida a partir de la luz.** La oscuridad se reconoce y se define a partir de la luz. Hay que tener cuidado con un vicio de partida. Cristianamente antes del pecado es la gracia, la creación, la luz. Recuperar ese “primer momento” te hace tener una comprensión de la vida y del hombre en el cual no hay solo una gota o rayo de luz en la vida. La afirmación

permanente del Viernes Santo por sobre la resurrección nos puede hacer olvidar esta perspectiva. Se hace necesario un discurso religioso que no tema enfatizar la fiesta, el placer, la celebración. En la práctica y reflexión religiosa es el Viernes Santo quien parece tener el lugar principal. Ahora, lo que uno sabe del dolor lo sabe también en relación con la plenitud. Amar duele y comporta dolor. El amor nos hace temer y doler la pérdida. El dolor tiene sentido en la medida en que se inscribe en la búsqueda de la felicidad, de la plenitud, de la entrega. Es el caso de Jesús.

4. **Primacía de la resurrección.** En ese sentido no podemos perder de vista la primacía de la resurrección. Urge instalar la resurrección sin negar la muerte. Es lo propio del Kerygma primitivo: “ese mismo al que ustedes crucificaron Dios lo resucitó”, y de Jesús resucitando con sus llagas. Lo más espectacular es que hay resurrección. Si la resurrección requiere una referencia a la muerte, entonces, es un fraude. La muerte refiere a la resurrección, pero no la resurrección a la muerte.
5. **Diversidad de miradas.** Sería interesante hacer leer este artículo a diferentes personas pertenecientes a diversos grupos etéreos. Probablemente las personas que han vivido un largo trecho de vida tendrán una mayor sintonía con el texto. Se nota en el artículo una edad muy distinta a la juvenil. Se hace la propuesta de pasar el texto a un grupo de estudiantes de un curso dirigido por Cristina y preguntarles: ¿qué grado de empatía te produce el texto? ¿Qué sientes frente al texto? ¿Quién escribió el texto? ¿A quién crees tú que está dirigido el texto?

## EXPERIENCIA DE DIOS

**Jueves 20 de mayo de 2010**

**Asistentes:** Luis Hernán Errázuriz, Samuel Yáñez, Ana María Vicuña, Maureen Boys, Luis Oro, Cristián Johansson, Silvia Vega, Cristina Bustamante, Rodrigo Polanco, Román Guridi, Isabel Donoso.

La sesión se realizó en torno al capítulo “religiosidad y psicopatología” del libro *Experiencia cristiana y psicoanálisis* del sacerdote y psicoanalista español Carlos Domínguez sj. Como complemento a este texto, Silvia nos sugirió el artículo de Juan Pablo Jiménez “Determinismo, libertad y responsabilidad en Freud (Un ejercicio de diálogo entre psicoanálisis y teología)”.

Exponemos a continuación ciertos “nudos temáticos” en torno a los cuales se desarrolló la reflexión:

1. **La mirada psicológica sobre la experiencia religiosa** no da cuenta de la totalidad de ésta. En ese sentido, debe ser complementada por otros enfoques, como la mirada religiosa. Ahora, el enfoque psicológico de la experiencia religiosa – también el espacio terapéutico - es una oportunidad de sanar falsas imágenes de Dios y transformar prácticas dañinas en la vivencia de

nuestra fe. Luego de un psicoanálisis se vive la fe de otro modo. En ese sentido, el psicoanálisis entrega pistas interpretativas que dan cuenta de realidades profundas de nuestra vida.

La mirada psicológica tiene entronques con la mirada espiritual. Es sensato distinguir, en la vida espiritual, entre el equilibrio y la patología. Ahora, la distinción entre la experiencia religiosa verdadera y la “falsa” no es fácil ni equivale sin más a la distinción entre una vivencia equilibrada y una vivencia patológica de la fe. Verdad con equilibrio y falsedad con patología no son términos pareados.

La tipología desarrollada por el autor tiene una fuerte dosis de realismo y muestra bien la complejidad de la vivencia religiosa que incorpora nuestros afectos, mente, voluntad y libertad. Corriendo el riesgo de toda tipología de simplificar o caricaturizar la realidad, da cuenta de varios modos patológicos de concretar nuestra práctica religiosa.

En la experiencia de Dios hay un toque especial de Dios: la gracia. El psicoanálisis se queda “corto” frente a este toque; no logra dar cuenta de ese registro. Queda fuera de su mirada la alteridad positiva y plenificadora que significa Dios para el hombre. En ese sentido, en el cristianismo el deseo no está constitutivamente marcado por la carencia.

2. **La fuerza liberadora de la experiencia religiosa** es reconocida por el texto. Se trata de un potencial efectivo de la vida de fe. Muchos son los que experimentan liberación y salud por su práctica religiosa. No obstante, en nuestra cultura, la función sanadora o liberadora se ha independizado de la experiencia religiosa y se ha desplazado a otros ámbitos como el médico y el psicológico. Es preciso reconocer, de todos modos, que la experiencia religiosa está retomando su registro sanador entre los diversos creyentes a través de prácticas terapéuticas y espirituales orientalizantes u holísticas (ej. Reiki).

3. **Nuestra ambigüedad constitutiva** es resaltada por el texto. En nuestra práctica religiosa todos tenemos distintos elementos de los descritos en la tipología. No existe el “sujeto puro”. El extremo de esos elementos es la vivencia patológica de la fe. El psicoanálisis nos permite sacar a la luz la “trastienda”, la ambivalencia y ambigüedad que nos constituyen. En ese sentido, le “pega un palo” a la ilusión de la transparencia total de la conciencia. No nos autoposeemos de manera transparente.

Una pregunta que queda abierta es ¿Cómo acompañar la “sana” resolución de la experiencia religiosa? ¿Cómo sostener una experiencia religiosa (una cierta “ingenuidad” religiosa) desde esta mirada más psicológica? Nos parece que hay que reivindicar el valor de los otros. No hay que exigirse una resolución personal del modo en que comprendemos, vivimos y practicamos nuestra experiencia religiosa. Construimos con otros. Es ese sentido la resolución es también colectiva.

Es preciso constatar, además, que diversos espacios de acompañamiento – el terapéutico, el espiritual, etc. – pueden nutrir o ahogar la experiencia religiosa.

Desde la mirada teológica es importante señalar que la ambigüedad tiene que ver con la simultaneidad de nuestro ser justos y pecadores. ¿Cómo articular esta ambigüedad que nos constituye más profundamente – la realidad del pecado: Justo y pecador – y que al mismo tiempo no equivale a la ambigüedad expresada por Freud. Ahora, es posible buscar conexiones,

reconociendo la distancia y diferencia entre ambos registros (se sugiere la lectura de un artículo de K. Rahner).

4. **Vínculo con el absoluto.** La mirada del texto no se restringe al Dios judeo-cristiano. Tiene una mirada que sirve para auscultar la relación del ser humano con el absoluto: absoluto religioso, político, artístico,...

## **Experiencia de Dios**

*Jueves 17 de junio de 2010*

---

**Asistentes:** Silvia Vega, Rodrigo Polanco, Ana María Vicuña, Luis Oro, Cristián Johansson, Román Guridi.

El encuentro se realizó en torno al texto de Karl Rahner “A la par justo y pecador” de sus *Escritos de Teología*, Tomo VI (Escritos del tiempo conciliar), que fue presentado por Rodrigo Polanco.

Luego de analizar y profundizar el acta de la sesión anterior, nuestra reflexión giro en torno a los siguientes puntos:

### **1. Registro del lenguaje teológico.**

Hubiera sido necesaria una introducción al texto para poder comprenderlo con mayor facilidad.

Por otra parte, constatamos muchas veces una distancia entre el lenguaje teológico – sus términos – y la experiencia cotidiana de las personas. No interpretamos ni leemos nuestra vida en categorías teológicas y eso nos dificulta la “sintonía” con las mismas. Además, no podemos desconocer que algunos lenguajes teológicos o discursos pastorales asumen un registro difícil de integrar y ajeno a los modos en que las personas dan cuenta de su vida.

En esta perspectiva es importante que el lenguaje teológico vehicule y favorezca la expresión de lo vivido y permita procesos y movimiento interior.

Categorías como “pecador” o “justo”, dado que apelan a realidades profundas del ser humano, deberían tener una resonancia mayor en nuestra experiencia cotidiana.

### **2. Diversidad de interpretaciones**

Constatamos una mayor dificultad para captar la ambigüedad descrita por la teología (justo/pecador) en comparación con la ambigüedad constitutiva de todo ser humano descrita por el artículo del psicoanalista Carlos Domínguez sj. El artículo se mueve en un registro distinto al psicológico.

Es importante explicitar esta diversidad de interpretaciones y complementar los accesos a la realidad. En ese sentido, conversamos sobre la diferencia entre la salvación propuesta por el cristianismo y el bienestar buscado por la psicología. La salvación tiene que ver con la relación con Dios, y no equivale al bienestar humano. Como tampoco la gracia (el estado de gracia y plenitud) no equivale a la “fuerza” psicológica. Uno también puede sentirse realizado (vivir con sentido), con depresión o ciclotímico. Hay una cuota grande de don, de gracia en nuestra vida. Y esto implica que sea bueno para el hombre.

Es preciso, de todos modos, no desvincular completamente los registros. Las afirmaciones teológicas tienen también un asidero en la realidad de las personas, en su psicología, en su cuerpo, en sus afectos, etc. No se mueven en una suerte de “super estructura”. La psicología y la sociología son ciencias “salvíficas” en el sentido que pretenden “salvar” al individuo y a la sociedad. Por lo tanto, tenemos el desafío de articular los registros, sin que esto implique la construcción “de dos pisos”. Falta mayor diálogo entre las disciplinas. El horizonte de sentido y de significación, propio de la teología, se mueve en un registro diverso al de la psicología o al de la sociología.

### **3. Pecado/pecador**

La persona es más que sus pecados. El pecado no determina a la persona. Se plantea el desafío de cómo no tratar de criminal a alguien sin negar lo feo y la atrocidad de lo hecho.

La catolicidad de la frase “al mismo tiempo justo y pecador” implica que somos justos por Cristo (por don) y pecadores a través de nuestra libertad.

Constatamos que hay, en la actualidad, dificultad para reconocerse pecador, y hacer una real experiencia de ser justo y pecador a la vez. Hay dificultad para reconocerse como en lo “no justo”. Uno solo puede reconocer su miseria delante de Dios. Si Dios no interviene “estoy perdido”, no me salvo. Solo un Dios de misericordia salva. No se trata de invertir energías psicológicas.

Por otra parte el texto de Rahner da cuenta del misterio del mal. Del mal como una eficiencia que alcanza al hombre. Un mal radical que atraviesa nuestra existencia y la tiñe en diferentes niveles.

### **4. Universalidad de los valores**

Frente a la dificultad de reconocerse pecador se comenta que a veces falta, en la sociedad actual y en el discurso liberal, un mayor pesimismo antropológico. Esto también aparece en un cierto “relativismo ético” que cunde entre las personas. Hay un “subjetivismo desmesurado”. Se autointerpreta la propia posición como la correcta.

Ahora, si bien no puede reinar el relativismo en torno al sentido de la vida, no podemos pretender imponer coercitivamente lo singular a lo universal. El sentido no es puramente subjetivo. Dios no puede actuar contra la razón (es decir, contra el ser humano).

En este punto nuestra reflexión se hizo sensible a la pregunta sobre la universalidad de los valores ¿Hay valores universales, válidos para todo tiempo y todo espacio?

Es importante explicitar el modo propio de Jesús: no impone, propone. No entra como el ladrón, por la fuerza. Si bien creemos que es más humano vivir al modo de Jesús, éste no puede ser impuesto por la fuerza.

En ese sentido, debemos poner atención al potencial universalizador de ciertos valores. Son universales, en cuanto universalizables. Atención también a un cierto gnosticismo: alcanzar un cierto conocimiento salvador.

De todos modos, la pretensión universalista corre el riesgo de la tentación de la certeza tan propia del gnosticismo). Se trata de la negación del no-saber. Concordamos en que el liberalismo actual tiene una cuota grande también de totalitarismo, de intolerancia.

Se propone para el próximo encuentro la reflexión en torno a este último punto:

¿Valores universales? ¿Experiencia religiosa universal?

Luis Oro nos enviará un texto de Spengler.

## **Experiencia de Dios**

*Jueves 21 de octubre de 2010*

---

**Asistentes:** Silvia Vega, Ana María Vicuña, Luis Hernán Errázuriz, Román Guridi, Cristián Johansson, Isabel Donoso.

El encuentro se realizó en torno a un texto de Jorge Costadoat “¿Es responsable Dios del terremoto?”, una columna de opinión de Gonzalo Rojas “Dios, los mineros y los chilenos”, una carta enviada al diario el Mercurio y un conjunto de “posteos” en el sitio web del diario a partir de dicha carta.

Nuestra conversación se articuló en torno a los siguientes puntos:

### **1. Acción de Dios en la realidad**

Constatamos la espectacularidad del rescate de los mineros. Se trata de un hecho sorprendente, insólito, que da que pensar. Se parece a una “cortaplumas suiza”, en la que encontramos de todo, y depende de cuál parte se abre para ver algunos elementos y no ver otros. No podemos negar que el tema religioso estuvo tremendamente presente en el rescate: del punto de vista de los mineros, de sus familias, de varios de los actores implicados en el rescate, como también de autoridades de gobierno. Esta constatación suscita una pregunta inevitable: ¿Actúa Dios directamente en la realidad? ¿Participó del rescate de los mineros, interviniendo directamente en algunos aspectos?

En primer lugar, afirmar y reconocer la acción de Dios en la realidad es una perspectiva que brota de la fe. Se hace a partir de signos ambiguos que no imponen una lectura unívoca de los hechos (se trata del mismo proceso ante las curaciones de Jesús). Los “posteos” son claros al respecto. Ante los mismos hechos, otros niegan o desconocen la participación divina en el rescate. En este sentido, la fe antecede a los milagros. En segundo lugar, Dios no se salta la creación que es su obra (como dice Karl Rahner: Dios obra la creación, pero no obra en la creación). Por lo tanto, respeta las causas segundas. Las sanaciones o curaciones van siempre en la perspectiva de lo naturalmente posible, por más insólitas que aparezcan. En ese sentido, Dios no fuerza la creación, seduce, invita o “vence” amorosamente.

No obstante, es necesario dar espacio al misterio, no en cuanto algo mágico o caprichoso, sino como reconocimiento de nuestra no posesión de Dios. No tenemos certeza sobre el modo de actuar de Dios ni podemos, por lo tanto, cerrar tajantemente posibilidades.

### **2. La imagen de Dios**

Un problema importante es la imagen de Dios que vehicula el modo de comprender la acción de Dios en el mundo. Lo mismo puede decirse de modo inverso: la imagen de Dios que tengamos, vehicula una cierta comprensión de vínculo con la creación. La afirmación de la acción directa de Dios parece favorecer una imagen de un “dios titiritero” o “deux ex machina” que nos gobierna con sus hilos invisibles. El querer de Dios – su voluntad – se vuelve, de este modo, caprichoso, arbitrario y difícil de conocer. A algunos sana a otros no; algunos se salvan del accidente, otros no,... Algunos salen ilesos gracias a la “providencia de Dios”, otros, no... La imagen del Dios Titiritero o “milagrero” aparece vinculada a una imagen del mundo y del hombre. El gran problema con esta imagen de Dios es el real valor de la libertad del ser humano y el modo en que Dios se vincula con la realidad.

El dios que hace milagros es finalmente un dios arbitrario que actúa a su antojo y esporádicamente. Todo queda reducido a “su infinita sabiduría”. Con esto no queremos negar lo

sorprendente y la capacidad real de Dios de actuar en el mundo. Negamos sencillamente que el camino del milagro, de lo extraordinario y sorprendente, sea el camino de lo divino.

Es necesario revisar el modo como comprendemos el poder de Dios. Dios es radicalmente impotente. Dios no tiene el poder al modo como tradicionalmente lo comprendemos en nuestra sociedad. La imagen elocuente de esto es Jesús crucificado. De este modo, la acción de Dios en el mundo no se limita a la experiencia de plenitud y “final feliz”. Dios también participa de nuestros fracasos y del sinsentido. Habría que decir, por lo tanto, que a Dios también le cayó la mina encima. Está con los que sufren.

### **3. El poder de la oración**

De todo lo anterior, surge la pregunta por el registro y pertinencia de la oración de petición. ¿Cómo debemos comprender la oración de petición? ¿Qué podemos esperar de ella y qué no?

En primer lugar, debemos afirmar el poder de la oración. Aludimos a experiencias médicas en las cuales se ha mostrado la influencia positiva de la oración en la recuperación de ciertos pacientes. Ahora, hay diversos modos de hablar de estos hechos: el poder de la sugestión, la mentalización (ej. los mantras), la transmisión de energía, los neurotransmisores, etc. Para el creyente, el poder de la oración es efectivo.

Constatamos que la oración de petición es una pregunta sobre nuestros deseos y anhelos profundos. ¿Qué es lo que realmente deseo? ¿Qué es lo que busco o anhelo? Formular una petición, supone que indague la raíz y profundidad de mi querer, lo que deseo con fervor, lo que anhelo con impaciencia. En ese sentido, la oración de petición me compromete. Si no es formulada “de la boca para afuera” supone que pondré todo lo que esté a mi alcance para hacer realidad eso que anhelo, lo que deseo. Sólo si me oriento con decisión en el sentido de mi deseo es que podré ser testigo de la sobreabundancia, de los frutos no planificados ni manipulables, podré hacer experiencia del “más” (perisseia) propio del Evangelio, de un exceso que desborda ampliamente mis solas capacidades. Dios no fuerza, no quiebra vidrios ni rompe puertas para imponerse.

En este sentido, el gran milagro del rescate de los mineros es que fuimos capaces de explicitar nuestro deseo profundo: rescatarlos... y nos movilizamos, con gestos que no se pueden comprar, forzar ni obligar para que eso fuera posible. Solo porque decididamente sintonizamos prácticamente con aquello que deseábamos es que todos fuimos testigos de resultados insospechados, hicimos experiencia de la sobreabundancia, de un más que plenifica y sobrepasa nuestros solos deseos y capacidades.